

Vista del antiguo Mercado de Cristina, de un grabado de la época.

## ESTAMPAS HABANERAS

### LA PLAZA VIEJA Y EL MERCADO DE CRISTINA

*Suplemento Feb 1937*

Por S. DE URBINO

Hoy existe un parque en el lugar. Antes se llamó por lógica antítesis la Plaza Nueva y fué una de las más aristocráticas de la Capital; su incremento se lo dieron en el comienzo del siglo XVIII el auge y la riqueza de las cuatro calles que la enmarcaron, la de los Mercaderes, la de San Ignacio, otra que conducía a las Murallas y la del Teniente Rey.

Pronto los más connotados vecinos levantaron allí sus casonas y palacios; se recuerdan las familias de Santa Cruz que luego fueron los Condes de Jaruco, la de Aparicio, el historiador José M<sup>a</sup> de Arrate, los Condes de Jibacoa, los Capitanes Sotomayor y Ruiz de Guillén. Cuando estuvo terminada la Plaza se veían en sus frentes amplios portales con arcadas de distintas alturas en cuyo fondo resaltaban los tonos de caoba de las grandes puertas guarnecidas por gruesos clavos de bronce; de cuando en cuando, alguna heráldica ocupaba el lugar de honor en los frontis, y había elementos arquitectónicos con nobles proporciones que abarcaban la planta baja y el entresuelo, otras eran casas de un solo piso; por el 1700, rejas y balaustradas de madera torneada la circundaban, después en los finales del siglo XVIII vino la moda de los balcones de hierro.

Varios palacios tenían logias superiores con arquerías más bajas y nuestras frescas pérsianas como el varillaje de enorme abanico llenaban sus huecos; los balcones eran palcos corridos en los frentes, la gradería por donde se entraba todo el espectáculo de la plaza en la cual ponían sus notas de color las lucetas policromadas; algunas (que todavía existen) simulaban entrelazos geométricos o cestos de flores y frutas.

Más tarde vino la moda o el auge del hierro en las construcciones y la abundancia de los trabajos artísticos que aun se ven por muchos barrios formando una de las características de nuestra arquitectura colonial, bien merece un párrafo aparte...

¡Hierros de La Habana!... balcones que a veces recogen el dibujo con trama de encajes, otros son clásicos con grecas y cenefas, los hay simples con pilarotes, coronas y escudos, y múltiples combinaciones de esti-

los. También se ven en los pisos altos de la ciudad vieja, colgadores de lámparas con sus bellas volutas, tornapuntas de aleros y rejas de fuertes barrotes donde generosa aun pasa la mano y hasta la caricia, rejas que fueron testigos de pasados romances; otras son voladizas y le dan albergue hasta el medio cuerpo, permitiendo extender la vista calle arriba y calle abajo, y en las lánatas bajas, las que todavía le dan su sello inconfundible a La Habana... ¡rejas con postigos! entre cuyas hojas y oyendo requiebros pasaron los siglos...

Y no es sólo en la ciudad colonial, en las quintas y palacios del Cerro existen rejas y balaustradas que son verdaderas obras de arte.

Entre las casonas que rodeaban a la Plaza Vieja algunas escaparon a la piqueta y a las reformas y han llegado a nuestros días, y así se ve en la esquina de San Ignacio y Muralla, (ocupado por un almacén cuando bien pudiera albergar un museo), el palacio de los Condes de Jaruco, donde nació nuestra compatriota la Condesa de Merlin que tantos detalles y costumbres de su tiempo nos dejó en su "Viaje a La Habana"; ella cuenta entre otras muchas cosas como los horrores de



Casas que rodeaban la Plaza Vieja en el siglo XVIII, de un grabado de la época.



la esclavitud y las injusticias de que fué testigo en su niñez dejaron huella en su carácter e hicieron enraizar en su espíritu la lucha contra toda opresión por pequeña que esta fuese.

Cerca de este Palacio estuvo la primera Casa Cuna que tuvo La Habana fundada por el Obispo Valdés, conservándose una pequeña lápida que lo da a conocer, también en la cuadra de San Ignacio se encuentra la Casa de los Condes de Jibacoa, hoy destinada a casa de inquilinato, no hace mucho se retiraron mandándose a España las puertas con pinturas religiosas en su interior, que cerraban el armario incrustado en el muro donde se hallaba el altar.

En la otra esquina de San Ignacio y Teniente Rey, estaba allí por el 1834 la Sociedad Filarmónica, donde se reunían las más connotadas familias, era pudiéramos decir, el círculo aristocrático de aquella Habana; los periodicos de entonces guardan las crónicas de las fiestas principales, saraos y conciertos con los nombres y muchas docenas de adjetivos de varias criollas célebres por su belleza, y que gracias al pintor Vermay algunas asoman en color el encanto de su juventud entre los personajes del cuadro principal que decora el Templo. Se aprecia enseguida el más simple estudio histórico que la crónica social al igual que las rejas, es otra de las características de nuestra ciudad, y antaño los cronistas no sólo describían las bellas prendas de nuestras criollas sino que también dedicaban frases en honor de los jóvenes, a éste le celebraban el porte, al otro las piernas que los trajes de la época revelaban y hasta hubo a quien llamaron apolíneo. Imagínense la complicación que esto hubiera traído si no se llega a perder esa costumbre.

En estas casonas y palacios que aun se encuentran, dándole carácter a la plaza, formando su acervo pintoresco y su riqueza turística, a pesar de las nuevas construcciones que allí se han levantado, se vé la lucha entre nuestro barroco del primer período libre de contorsiones volutas y molduras quebradas y los estilos eclécticos que han comenzado a invadirla... lástima de reglamentos y de legislación de monumentos históricos... ¡llegaran a tiempo!

En el 1834 publicaba el "Diario de La Habana", un pequeño artículo con las quejas de un socio de la Filarmónica, el cual pidiendo explicaciones a la Directiva, entre otras cosas decía:

"Quejome del mal suelo de la sala de baile por que se levanta un polvillo colorado que siendo un principio de desaseo perjudica la salud y mucho más todavía a los zapatos y medias de las señoras que danzan... En toda sala destinada a bailar lo primero que debe hacerse es preparar el piso y no deja de ser bien reparable cuando que se han invertido centenares y aun millares de pesos en balcones de hierro."

Seguía quejándose el articulista que aquello escribió complaciendo a una señora, porque durante el luto nacional que llevó la ciudad varios meses tampoco se dieran conciertos, y el que esto decía era nada menos que el entonces joven profesor del Seminario, José Antonio Saco.



Palacio Colonial en la esquina de Teniente Rey y San Ignacio, donde se encuentra aún el Colegio del Santo Angel, fundado en 1866 y sostenido por el legado de la Exma. Señora Doña Susara Benítez de Parejo.

Diremos de paso que la causa del luto fué la terrible epidemia de cólera que asoló la capital; las estadísticas de los varios cementeros que tenía, el de Espada, los municipales del Cerro y Jesús del Monte, el de la Marina y Arsenal, nos dicen que aquella epidemia se llevó en pocos meses más de ocho mil habaneros.

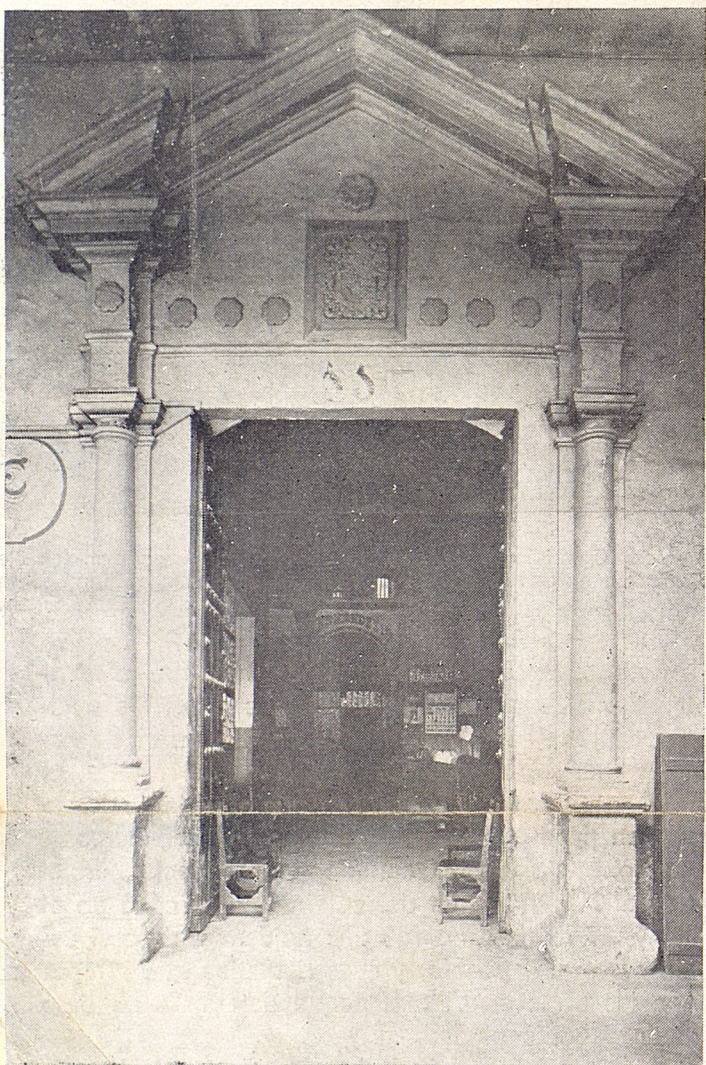
¡Coincidencia de centenario podrán decir!, en el 1833 estalló la epidemia del cólera que se cebó en el pueblo, y en el 1933 no fué una epidemia, pero sí estalló la cólera del pueblo, y esos dos años que atropellaron a los otros en el almanaque dejaron a su paso mucho luto en la ciudad.

Pero el cuadro principal de esta plaza, el de más vivos colores nos lo dejó Cirilo Villaverde en estos términos:





Antiguo Palacio que perteneció a los Condes de Jaruco,—en la esquina de Muralla y S. Ignacio—. Fachada frente a la Plaza Vieja.



Portada del Palacio de los Condes de Jaruco.

“El Mercado de la Plaza Vieja, era uno de los dos que entonces existían dentro de los muros de la Ciudad. Era aquel un hervidero de animales y cosas diversas,, de gente de todas condiciones y colores, en que prevalecía el negro, recinto harto estrecho, desaseado, húmedo y sombrío circunscrito por cuatro hileras de casas, quizás las más alterosas de la población, todas o la mayor parte de dos cuerpos, el bajo con anchos portales de alto puntal, que sostenían balcones corridos de madera. En el centro se hallaba una fuente de piedra, compuesta de un tazón y cuatro delfines que vertían con intermitencias chorros de agua turbia y gruesa, que sin embargo recogían afanosos los aguadores negros en barriles, para venderla por la ciudad a razón de medio real plata cada uno. De ese centro partían radios o senderos, nada rectos por ciertos, en varias direcciones marcados por los puestos de los placeros, al ras del piso, en la apariencia sin orden ni clasificación, pues al lado de uno donde se vendían verduras y hortalizas, había otro de aves vivas, o de frutas, o de caza, o de raíces comestibles o de pájaros de jaula, o de legumbres, o de pescado de río y mar todavía en el cesto o en la nasa del pescador; de carnes frescas servidas en tablas ordinarias montadas por sus cabezas en barriles o en tijeras movibles; y todo respirando humedad; sembrado de hojas, cáscaras de frutas, y de maíz verde, plumas y barro sin un cobertizo ni un toldo ni una cara decente; campesinos y negros, mal vesti-





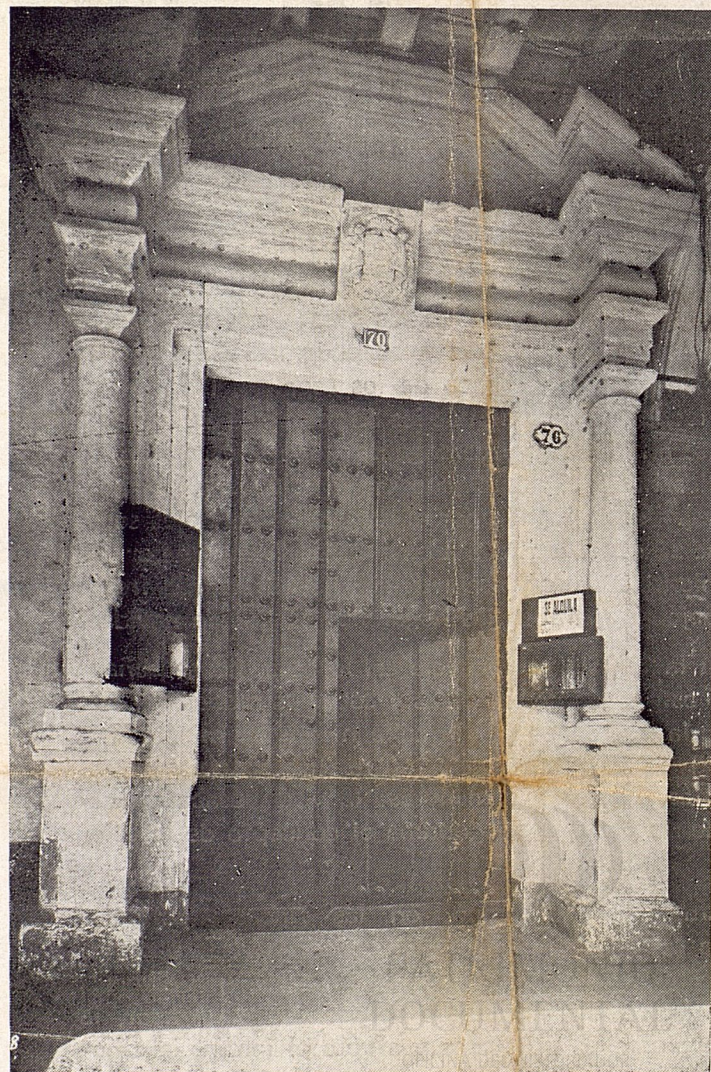
Casonas coloniales en la calle de San Ignacio, dando frente a la Plaza Vieja. En el centro se encuentra la casa de los Condes de Jibacoa.

dos unos, casi desnudos otros, vahoradas de varios olores por todas partes; un guirigay chillón y despacible y encima el cielo siempre azul."

"Entraban en la plaza y salían de ella negros y negras; éstos con el propósito de hacer la provisión diaria para sus amos, aquéllos con el de procurarse al precio de por mayor las carnes, verduras o frutas que revendían al por menor dentro de la ciudad o en sus barrios extramuros; tráfico éste dicho sea de paso, bastante lucrativo en no pocos casos."

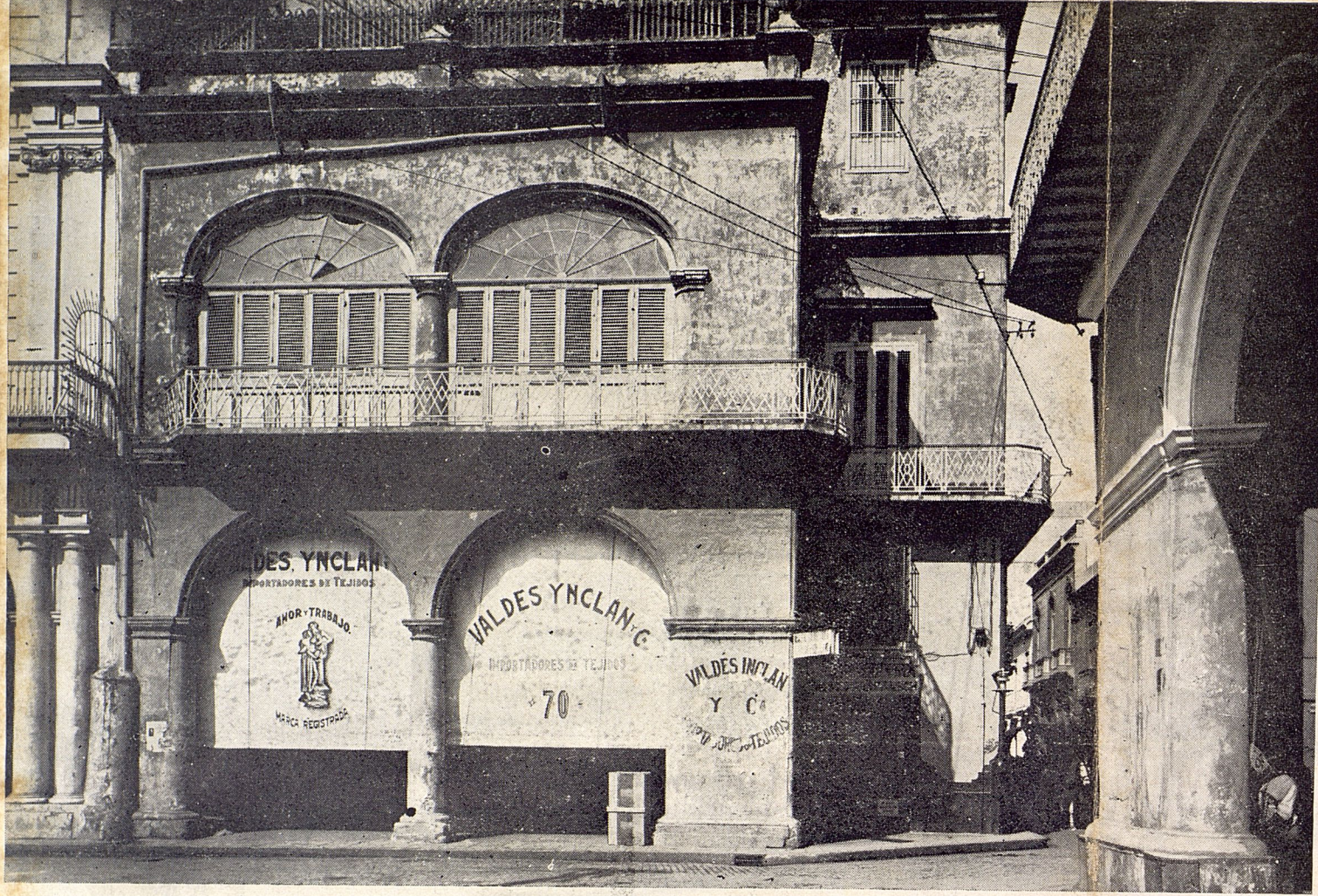
Como se ve por este cuadro que nos dá Villaverde la mancha negra de la esclavitud pesaba duramente en la vida cotidiana de la ciudad de entonces y entre la baraunda de cargadores y carretilleros se nos antoja que a veces pasaba como un emblema de su época el típico malojero, casi perdido el hombre y la bestia dentro de la abundante maloja. En los días de Navidad tomaba el máximo de animación aquella plaza y llegaban las piaras de guanajos con su típico graznar, que conducidas entre varas bajando de las estancias atravesaban la ciudad, también se oía el gruñir de los centenares de cerdos que igualmente daban su viaje a pie sin temor de que fueran arrollados por autor, guaguas o camiones, como lo son un siglo después los pavos de los peatones actuales que no caben en las minúsculas aceras.

Igualmente los arrieros conducían sus cerones llenos de viandas y había tema para dibujar en aquellos chi-



Portada de la antigua casa de los Condes de Jibacoa.





Casa Colonial en San Ignacio esquina a Teniente Rey.

nos que haciendo la maravilla del equilibrio, como balanzas humanas con largo palo sobre los hombros, de donde pendían a manera de platillos grandes canastas repletas de frutas y hortalizas, a paso de salto se recorrían de un extremo a otro toda la ciudad.

Y hasta los balcones de las casas llegaban óleos o acuarelas que en todos tiempos podemos ver y que lo formaban el verdor blanco de los repollos, los matices de las lechugas, el carmín de los berros, rojos en tomates, morados en caimitos y berengenas, toda la escala de los amarillos hasta el anaranjado entre calabazas, plátanos y naranjas casi pasando por el dorado en las hojas secas del maíz, cómo entraba aquel color húmedo por los ojos mientras amos y esclavos escogiendo lo más fresco y lo mejor preparaban las hogareñas fiestas de navidad.

Aún la familia permanecía en la casa, no se soñaba con el estruendo de los clubs y cabarets modernos, aún la alegría no rodaba por la calle ni era de muchedumbre permanecían amarrada entre los macizos muros de patios, saletas y comedores: la vida pasaba en cámara lenta por que se ignoraba el concepto de la velocidad.

También en el campo, en las fincas y cafetales adonde se retiraban las familias para pasar las pascuas, la alegría de la fiesta era mayor, la danza con diversas clases de música, los juegos de prendas o de azar, la cena copiosa, las libaciones y afuera el jardín, la arboleda, la eterna fronda acogedora... y entre los guajiros

estaba en boga la costumbre de "velar el mondongo", que daba margen al amor, al choque y expansión de la juventud.

\* \* \*

Estampas habaneras, costumbres de otros tiempos que pronto cerraremos entre los paréntesis de algunos minutos, croquis en palabras de viejos grabados antes de darle los últimos trazos, una protesta vamos a dejar.

Hace meses cuando celebrábamos el centenario de la Fuente de la India y la de los Leones, quisimos hacer de profeta y dijimos:

"Un día vendrá, cuando se revaloricen las bellezas que guardan, y por la insaciable voracidad del cine, un día vendrá repetimos que estas estampas se animarán ante los habaneros de hoy."

Pues bien, en una film que pasó recientemente por nuestros cines, y basada en un libreto que obtuvo resonancia en los Estados Unidos, se reproducen cuadros de La Habana de aquellos tiempos de la cruzada negra, cantera excelente para los escritores actuales, pero lamentamos la mediocridad del resultado, parece increíble que cintas en cuyo rodaje no se hicieron economías, se reúnan en contra nuestra tantos desaciertos.

Para terminar anotaremos que Mercedes Santa Cruz se dolía en sus escritos hace un siglo de la falta de historia de nuestros edificios y monumentos, hoy ya se puede opinar que tienen leyendas aventuras e historia las cuales ella misma nos ayudó a componer.





Facsímil de un Plano antiguo de 1821. - Geometral con un grupo de casas que figuran al extremo de la "Elevación Longitudinal del Mercado", que parece existió en la Plaza de San Francisco. La casa de los portales ocupa el sitio en la calle de Oficios, esquina a la de Amargura donde estuvo el célebre Café "El León de Oro"; la del fondo con su balcón cubierto era la esquina de Oficios, Lamparilla y Baratillo.

Las caballerizas de este Mercado se habían situado detrás del Convento de San Francisco, y de aquí deriva el nombre del Muelle de Caballería. Los planos del Mercado con una fuente en el centro, precursora de la fuente de la India, fueron hechos por A. Lasarrure Latour, el 8 de Diciembre de 1821.

En el 1823, en otro plano de la misma Plaza, levantado por el Teniente Coronel Don Manuel de Albo, ya no existe el Mercado y la fuente está desplazada del centro.